

4-16-8-68

84-7
5
117

LA CRUZ Y LA MEDIA-LUNA

POR

GODOFREDO KURTH

CATEDRÁTICO

EN LA UNIVERSIDAD DE LIEJA

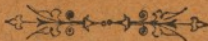
TRADUCCIÓN DE

DON AMANDO R. CASTROVIEJO Y NOBAJAS

CON UN PRÓLOGO DE

D. Francisco Javier Simonet

Catedrático de lengua árabe en la
Universidad de Granada.



GRANADA

IMPRENTA DEL COMERCIO

Concepción, 23.

1895

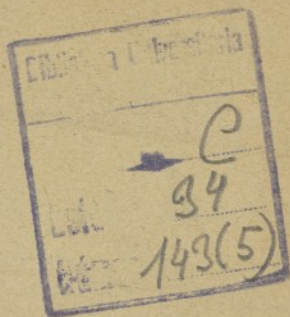
THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT

PHYSICS 101

LECTURE NOTES

1950-51



LA CRUZ Y LA MEDIA-LUNA



122114634

no
3/4

LA CRUZ Y LA MEDIA

GOVERNMENT PRINTING OFFICE

R/22850

LA CRUZ Y LA MEDIA-LUNA

POR

GODOFREDO KURTH

CATEDRÁTICO

EN LA UNIVERSIDAD DE LIÉJA

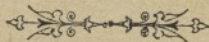
TRADUCCIÓN DE

DON AMANDO R. CASTROVIEJO Y NOBAJAS

CON UN PRÓLOGO DE

D. Francisco Javier Simonet

Catedrático de lengua árabe en la
Universidad de Granada.



GRANADA
IMPRESA DEL COMERCIO
Concepción, 23.

1895





PRÓLOGO

Hace ya algún tiempo que las miras de Europa se han fijado con especial interés en la exploración del misterioso continente africano, en la explotación de sus riquezas naturales y en la civilización de la degradada y miserable raza negra que puebla la mayor parte de su inmenso territorio. Grandes, costosos y harto laudables son los esfuerzos que, con tan elevados fines y sin duda con una misión que nó todos comprenden, hacen la política, la ciencia y la fé europea; pero tales esfuerzos serían más provechosos y eficaces si no los desvirtuasen, ya la codicia, ya la heregía protestante (1), ya el liberalismo empeñado temerariamente en fundar estados ateos y sociedades incrédulas.

Mientras que Francia, Inglaterra, Alemania, Bélgica y Portugal se esfuerzan en conservar ó aumentar sus dominios en África, y los misioneros católicos se sacrifican generosamente por labrar aquella parte inculta de la viña del Señor, sacándola del paganismo y la barbarie, una parte no pequeña del periodismo liberal, racionalista y corruptor, se complace en combatir y destruir, si tanto pudiese, la obra de los nuevos apóstoles, con ideas descabelladas y especiosos sofismas. Entre las quimeras y disparates que dicha prensa aborta cada día en su deplorable intemperancia y malicia, merece especial correctivo la idea que ha cundido de algún tiempo á esta parte entre los escritores de política colonial y que según hemos leído en un periódico, ha encontrado eco hasta en nuestra misma Sociedad de Geografía, ensalzando y ponderando el islamismo como un elemento eficaz para la civilización de los negros africanos.

Los que han incurrido en tamaña aberración muestran una ignorancia profunda en la historia del continente africano. Porque

muchos siglos se cuentan ya desde que el islamismo y la raza árabe establecieron su dominación en el África septentrional y en una parte considerable de la ecuatorial; y en lugar de introducir en esas vastas regiones y desdichados pueblos los beneficios de la civilización, les han llevado la desolación y la ruina, según lo reconocen y confiesan los mismos escritores árabes, destruyendo la prosperidad y cultura importadas allí largamente por Griegos y Romanos, así en la edad gentilica como en la cristiana, y envileciendo, sinó exterminando, á los naturales (2). Mal podrá contribuir de hoy en adelante á la civilización de los negros africanos una creencia que la ha arrancado de gran parte de Asia y de África, sustituyéndola con estupenda barbarie y feroz tiranía; mal podrán cooperar á la emancipación de la raza negra, los Arabes y demás musulmanes que solo piensan en esclavizarla. Harto conocidos son los horrores de esa infame caza que priva de la libertad y de la vida á tantos millares de negros, arrancados de sus pacíficos hogares y arrastrados como bestias á remotos mer-

cados (3). Este cautiverio y tráfico son muy considerables en el Africa Occidental, y especialmente en el imperio marroquí, donde procedentes del Sudan, de Tombuctú y de otras regiones del interior, se venden al por mayor en las grandes ferias de Tenduf y Muza, produciendo una renta exorbitante para el tesoro del Sultán (4). Pero su principal emporio está situado desde hace mucho tiempo en el Africa oriental y en la sultanía de Zanzibar, donde la infeliz raza negra proporciona copioso pábulo á la rapacidad y ferocidad característica de los Arabes mahometanos. De ello tenemos datos recientes resumidos en el siguiente parte telegráfico expedido en Londres el 3 de Agosto último.—Dice así:

»Los periódicos publican artículos comentando las noticias comunicadas por la Sociedad Antieslavista acerca del tráfico negrero que se está haciendo en la costa oriental de Africa. La memoria de dicha sociedad contiene detalles horribles. En el interior de Africa se cautivan centenares de miles de hombres que son trasportados á la Arabia, pereciendo la mayor parte de ellos

á causa de las penalidades y fatigas del camino. Se calcula que de cada millar de esclavos capturados en el interior del continente, solo llegan á Zanzibar 266, vendiéndose á un precio que varía de 200 á 500 pesetas.»

A este brevísimo resumen añade interesantes pormenores el siguiente relato que pocos días después (el 9 del mismo Agosto) hallamos en un periódico, y que por cierto es nada honroso al espíritu, más mercantil que humano, y altamente liberal de la gran república norte-americana. Helo aquí:

«El telégrafo ha dado cuenta de los horrores descubiertos por Mr. Donal de Mackenzie, comisario de la Sociedad Antiesclavista en el África Oriental.

»Pero aún son más graves los informes que ha comunicado á sus jefes de Roma un misionero jesuita, el P. Relaight.

»Da espanto saber como á fines del siglo XIX se sigue ejerciendo el llamado «negocio del ébano», esto es, la venta de esclavos negros, y que torturas sufren los infelices á quienes se trata peor que á bestias.

»Pembo es el centro principal de este co-

mercio, y se da el caso de que hay armado-
res norte-americanos que se prestan á servir
de ejecutores á los que organizan este ne-
gocio.

»A mediados de Junio llegó á Pembo una
turba de esclavos, más de quinientos, con-
ducida por una taifa de hombres armados.
En aquella manada, que como si lo fuese de
viles animales era conducida, había viejos
que apenas podían andar y muchachas de
quince á veinte años que iban cayéndose de
hambre y de cansancio. En Pembo murie-
ron 100 de los esclavos y se siguió con los
demás, dejando en el camino un rastro de
moribundos.

»¿Quién llevó á la costa este cargamento
de desgraciados?

»Pues un barco norteamericano que se llama,
irónicamente sin duda, *Libre América*.

»En las sentinas del *Libre América* iban
los pobres esclavos, cuyo transporte se pagó
á nueve chelines por cabeza, dándoles un
solo rancho al día, rancho compuesto de ve-
getales medio podridos».

Muchas páginas necesitaríamos llenar si
intentásemos dar una idea suficiente de ta-

les horrores que se cometen, no solo en Africa, sino en toda la extensión del mundo musulmán, sin excluir algunos territorios puestos bajo el protectorado de ciertas naciones europeas, menos cristianas que la nuestra.

Hace pocos años leímos con referencia á los periódicos de Singapur la siguiente relación que pintan á lo vivo hasta donde llegan la crueldad y rapacidad de los Arabes y cuan poco aprovecha dicho protectorado á la población negra. He aquí un extracto de dichos periódicos.

«Denunciamos á la execración pública la inaudita ferocidad de los mercaderes de la isla de Lombock, que se halla bajo el protectorado de Holanda. Entre estos negreros el más cruel es sin duda el árabe Said Abdullah, cuya última hazaña es del tenor siguiente.

»Cuatro esclavos, dos hombres y dos mujeres, que se habían escapado de Lombock, fueron perseguidos; y una vez capturados se les condujo á presencia de su amo, el cual los encerró en un oscuro subterráneo de su casa para que se les torturase diariamente de un modo bárbaro é inconcebible.

»Dos Americanos, movidos á compasión por aquellos desgraciados, ofrecieron á Saíd Abdullah una respetable cantidad por su rescate; pero el Arabe se negó á ello diciendo que había condenado á muerte á los esclavos y que era preciso que pudiesen á toda costa.

»Después de haberles atormentado durante ocho días hizo llevar á los dos varones á la playa.

»Una vez allí dispuso que se les cortara la cabeza y que sus cadáveres fueran arrojados al mar.

»En cuanto á las dos esclavas, una de ellas, que estaba en cinta, fué apaleada de tal modo, que llegó á perder el sentido.

»Acto continuo fué colgada de un árbol por los piés.

»A la otra le hizo cortar Saíd las orejas y la nariz, disponiendo que le frotasen las heridas con zumo de limón y tamarindo.

»El feroz negrero no se alejó del lugar del suplicio hasta que vió morir á la infeliz en medio de los más atroces tormentos.»

Mucha ceguedad se necesita para no ver tales hechos; y sin embargo en ella incu-

rren muchos que presumen de doctos y de perspicaces, extraviados por el fanatismo político ó por el racionalista, más ciego aún. Del fanatismo político dan una deplorable muestra, los que consultando á los particulares intereses de su propia nación, quisieran impedir á todo trance el benéfico concurso que las demás naciones pudieran y debieran prestar á una empresa que ha menester el apoyo y generosa cooperación de muchas. Por lo mismo, creemos muy censurable la opinión sustentada por cierto escritor francés, llamado Mr. Polignac, en un folleto publicado hace poco tiempo en Argel, con el título de *Francia y el islamismo*, donde sostiene que la nación francesa debe aliarse con los musulmanes de África, incluso el sultán de Marruecos y el mismo Mahdí del Sudan, para contrarrestar el poder de los Ingleses en Egipto y quitar importancia á su posición de Gibraltar. Si tal hiciese Francia, si extremando su rivalidad con Inglaterra, adoptase en las cuestiones de África una política tan pesimista, frustraría la gran empresa iniciada por el ilustre Cardenal Lavigerie y renovaría con

grave daño de la civilización cristiana aquellas infames alianzas que sus reyes concertaron con el Gran Turco y que tanto dificultaron los generosos esfuerzos del Pontificado y de la monarquía española. No juzgamos lícito al escritor francés que así se expresa al censurar el egoísmo invasor de la nación británica; porque ni la religión cristiana, única fuente de verdadera civilización, ha ganado bastante terreno en África con la conquista de Argel por Francia. (5) ni la civilización ha perdido nada con la ocupación del Egipto por Inglaterra; y para abreviar, porque entre un francés como Mr. Poincaré que propone la alianza de su nación con el Mahdi y un inglés como el general Gordon, que se sacrifica luchando contra aquel enemigo del género humano, nuestra preferencia no puede ser dudosa (6).

Pero si el fanatismo político y las antipatías internacionales tanto extravían á algunos estadistas modernos, mayor censura merecen los que á impulsos de la ignorancia ó del fanatismo racionalista, pregonan y alaban el mahometismo como una fuerza civilizada que conviene fomentar y apoyar

en África en beneficio de la raza negra. En vano, al sustentar semejante aberración, ponderan las maravillas que según ellos produjo en otro tiempo la civilización arábigo-muslímica, que hoy corre parejas con la barbarie; porque al discurrir así, ó lo hacen de mala fé, ensalzando la religión de Mahoma para deprimir la de Jesucristo, ó ignoran lo que es el islamismo en su doctrina, en su espíritu y en su historia. ¿Qué civilización es compatible con el refinado sensualismo musulmán, con la poligamia, con la esclavitud de un sexo, con la mutilación del otro y con la degradación de ambos? En los dominios del islám todo es materialismo, todo tiranía y servidumbre, así en la sociedad y en el estado como en la familia y en el hogar doméstico: nada de caridad ni de sacrificio voluntario, nada de perfeccionamiento moral, ni social ni intelectual; nada de verdadero progreso. Por lo cual si, llegado al siglo XIII de su ominosa existencia, el islamismo conserva todavía alguna parte de su antiguo poder material y aun hace prosélitos, bajo el concepto moral yace en una barbarie, que en

algunas regiones raya en el salvagismo, como sucede en Marruecos. Si en las sociedades musulmicas ó mejor dicho, en los estados regidos por príncipes musulmanes, hubo ciertos periodos de prosperidad material, de esplendor científico, literario y artístico, este progreso según lo confiesan y afirman los mismos escritores mahometanos, fué obra de los mismos indígenas sometidos á su dominación; fué obra de los cristianos mozárabès de la Siria, de la Mesopotamia, de la Caldea, del Egipto y de la península española, los cuales bajo aquel yugo conservaron una buena parte de su antigua y rica cultura y la comunicaron á sus dominadores en cuanto fué compatible con el islamismo. Mas esta influencia exótica, contrariada por la ley alcoránica y por el espíritu bárbaro y feroz del pueblo árabe, apenas trascendió al órden moral y social, que en los periodos más brillantes de la dominación sarracénica fué un continuo desenfreno (7); y desapareció rápidamente cuando vino á menos ó se extinguió la raza indígena y la cultura arábigo-musulmica quedó reducida á sus propios elementos y

recursos. Por lo tanto, el imperio arábigo-musulmán, que durante algún tiempo brilló con los despojos de las naciones más cultas de Oriente y de Occidente, y que tanto contribuyó á su miserable ruina, no posee actualmente, ni puede ofrecer elemento alguno de verdadera civilización á esas otras naciones degradadas que yacen aún en sombras de muerte.

Ni se imagine que al llegar nuestro siglo, los musulmanes han entrado en vías de progreso y mejorado de espíritu y condiciones al ponerse en contacto con la civilización europea. Contemplémoslos en la Turquía, en la Siria, en la Argelia y en la India, y veremos como en todas partes oponen una rémora invencible al progreso de nuestra adelantada cultura. Los Arabes, como gente tan apegada á sus ideas y costumbres, y en general todos los musulmanes, son hoy día lo que han sido siempre: altivos y tiranos, rapaces, crueles, disolutos, ingobernables, insociables y opresores de los demás pueblos, de cuyo despojo se mantienen; pero especialmente en el continente africano y en la infeliz raza negra

están cumpliendo una misión harto funesta de corrupción, de esclavitud y de exterminio. Así lo prueban y evidencian numerosas relaciones y testimonios contestes de viajeros, ya católicos, ya protestantes y racionalistas. Entre otros, un misionero inglés que ha visitado gran parte del Africa oriental, central y meridional y ha escrito una obra sobre la gramática comparada de los idiomas hablados en aquellas regiones (8), el P. Torrend, de la Compañía de Jesús, escribe á nuestro propósito lo siguiente: «Uno de los hechos menos disputables de la historia es que los musulmanes, por dondequiera que han pasado han hecho retroceder á la civilización en lugar de adelantarla. Al musulmán dos cosas le interesan principalmente: el desierto y las mujeres. Cuando no encuentra delante de sí el desierto, él lo hace. Cuando le faltan las mujeres, él lo lleva todo á sangre y fuego para llenar su serrallo. Con semejantes instintos, ¿cómo podría hacer progresar la civilización? Las experiencias de mi mansión en Africa me han convencido de que en materia de verdadera civiliza-

»ción, los musulmanes son inferiores á los
»mismos Cafres. Cuando un negro del Afri-
»ca Oriental se hace mahometano, jamás es
»para volverse mejor, sino al contrario, para
»hacerse más arrogante, más sanguinario,
»más disoluto y en una palabra, más olvida-
»dizo de los derechos de sus semejantes.»
Conviene en este punto un escritor protes-
tante muy reputado y competente en la
materia, Mr. Reinhart Dozy, el cual en el
capítulo último de su Ensayo sobre la his-
toria del islamismo (9) confiesa que si esta
creencia gana terreno en el interior del con-
tinento africano, no es para bien y cultura,
sino para mayor barbarie y depravación de
los mismos negros; pues según afirman los
raros viajeros europeos que han penetrado
en el Africa Central, han encontrado más
cordialidad y buena voluntad entre las po-
blaciones paganas que entre las que profe-
san el mahometismo.

De esta depravación, debida á la pernicio-
sa influencia musulímica, podemos presentar
numerosos ejemplos y datos tomados de do-
cumentos fidedignos; pero baste á nuestro
propósito y en interés de la brevedad, recor-



dar lo que refieren de los Wanguanas y de Ujiji. Son los Wanguanas una gran tribu ó nación de negros convertidos al islamismo, y hoy bandidos feroces que ayudan eficazmente á los Árabes procedentes de Zanzibar en la persecución y caza de los demás negros. En cuanto á Ujiji, es una población situada al S. del alto Congo y en la región de los grandes lagos, sobre las orillas del Niyanza, donde los musulmanes han establecido un gran emporio de su inhumano comercio. «Ujiji, escribe un misionero francés, el R. P. Guillemé, en carta dirigida desde Kibanga al R. P. Deguerry, superior de los misioneros de Argel (10), «es el centro árabe más populoso del Tanganyica por reunirse aquí todas las caravanas de esclavos cogidos en el interior y conducidos á Zanzibar. Este es también el punto de cita de todos los bandidos Wanguanas musulmanes para concertar entre ellos en qué parage ó país han de hacer sus razias. De aquí parten, en fin, todas las bandas de brigantes que inundan ahora el Manyema y que aniquilarán á la larga este país ayer tan poblado. Verdadera Sodoma, esta villa

»es el teatro de todos los crímenes, de todas
»las liviandades, de todos los vicios y de to-
»dos los horrores. ¡Que día tan nefasto pa-
»ra el África aquel en que los musulmanes
»pusieron los pies en el interior! Con ellos
»penetraron su religión inmoral, sus vicios
»y sus enfermedades contagiosas no conoci-
»das hasta entonces entre los negros.»

Cuando el P. Guillemé visitó á Ujiji en 1887, para rescatar algunos indígenas de su misión que habían vuelto á caer en manos de los musulmanes, aquel odioso tráfico estaba en su apogéo, y la villa inundada literalmente de caravanas de esclavos llegadas de varias regiones comarcanas, cuyos esclavos se vendían á un precio vil por razón de su muchedumbre; pero casi todos se hallaban extenuados de fatiga, de miseria y principalmente de hambre, pareciendo esqueletos vivos y sucumbiendo innumerables.

Tal es en brevisimo resúmen la obra que los Árabes y demás mahometanos llevan á cabo actualmente en el África negra y la que han cumplido siempre en todos los países sojuzgados por sus armas: cazar á por-

fia esclavos de ambos sexos que suplan al defecto de su extremada pereza y satisfagan su sensualidad, permitiéndoles llevar una vida muelle y regalona; y tal es la obra corruptora y tiránica que la sofistería europea honra con el pomposo nombre de civilización, dificultando así los heroicos esfuerzos que hacen los misioneros católicos para emancipar de la barbarie y de la esclavitud á aquellos infelices naturales (11). Merced á este apoyo y á las miras interesadas con que la mayor parte de los gobiernos europeos proceden en la cuestión de que tratamos, los musulmanes continúan sus irrupciones de propaganda y de cautividad, imponiendo su secta y su yugo á muchas tribus del Congo y de los territorios limítrofes, penetrando hasta el Dahomey (12), destruyendo más de una misión europea (13) y ganando de este modo en África el terreno que han perdido en otras partes del mundo.

Si bien se mira, este es el lado más grave de la cuestión de África que tanto preocupa á las potencias europeas, y que tanto interesa á nuestra nación; porque de afirmarse y arraigarse el islamismo en aquellas regio-

nes, ni es fácil el conquistarlas, ni aun cuando se conquistasen, podría penetrar en ellas la civilización cristiana y europea. Y por lo que especialmente toca á los derechos y aspiraciones de España, no olvidemos que en los pasados siglos la propaganda musulímica entre los Bereberes y negros de África atrajo sobre nosotros aquellas tremendas irrupciones de Almoravides, Almohades y Benimerines que tanto retardaron el progreso de nuestra restauración. Yerran igualmente los que juzgan al islamismo como ya moribundo é impotente y los que lo juzgan como un mal menor y como un remedio útil, aunque transitorio, que conviene oponer á la barbarie negra. Para corregir ambas aberraciones, no se necesita acudir á las relaciones de los misioneros católicos, los cuales lamentan naturalmente los grandes obstáculos que les opone el islamismo en su gran empresa de cristianizar y civilizar el África; basta acudir á las publicaciones de diferentes viajeros, políticos y orientalistas. Entre otros, un escritor francés, cuyas opiniones políticas y religiosas ignoramos, Mr. A. de

Chatelier, en su libro titulado *L' islam au XIX siècle*, afirma que el movimiento de renovación y de propaganda, que hoy realiza el mundo musulmán en Asia, y sobre todo en África, ofrece un peligro grave para los intereses del mundo civilizado. Y otros escritor también francés, el comandante Grandin, al relatar los heroicos esfuerzos que los misioneros católicos y las armas de su país, capitaneadas por el valeroso general Dodds, han hecho por introducir la fé cristiana y la cultura europea entre los feroces negros de Dahomey, cita por vía de epígrafe la siguiente frase de un gobernador inglés de Lagos (en la Nigricia marítima): «Si el África puede ser conquistada, esta conquista ha de ser obra de la Iglesia Católica (14).»

Mas quien ha tratado esta cuestión con la detención y lucidez que se merece, estudiándola con gran caudal de erudición y filosofía, es el insigne escritor belga y egregio profesor de la Universidad de Lieja, Mr. Godofredo Kurth en el interesante y luminoso opúsculo, objeto de este prólogo. El Sr. Kurth, sabio eminente y fervorosa-

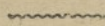
mente católico, como lo ha probado en otras publicaciones de grande importancia (15) y muy entusiasta por la grandiosa y apostólica empresa acometida por el inolvidable Cardenal Lavigerie, se ha mostrado en este opúsculo digno hijo de la Bélgica católica, cuyo monarca, como escribe con razón otro belga ilustre (16), tuvo un pensamiento generoso, feliz y magnífico, al concebir el glorioso proyecto de civilizar el África Central, fundando el estado libre del Congo. En este opúsculo se hallará un cuadro interesante y completo de la gran lucha de trece siglos que el cristianismo se ha visto precisado á sostener contra el islamismo, que como dice muy bien el S. Kurth, es una religión de conquistadores y no de apóstoles, cuyo principal instrumento de propaganda es el sable, cuyos héroes no son mártires, sinó soldados sedientos de sangre, y cuyos únicos misioneros y propagadores son los negreros. Arrojado de Europa por los esfuerzos de muchos Papas y de algunos reyes, en su mayor parte españoles, se ha extendido nuevamente por el Africa, y desde

la sultanía de Zanzíbar, no cesa de penetrar en aquel continente, precedido de hordas matadoras que se ocupan en la caza de los hombres. Resulta de este escrito y de otros muchos documentos que podríamos alegar al mismo propósito, si dispusiéramos del espacio y tiempo necesarios, que mientras la Iglesia Católica, fiel á su misión salvadora, se apresura á propagar su fé y civilización entre la raza negra, el enemigo del humano linage trabaja activamente para impedirlo; y para su obra de perdición se vale juntamente de los musulmanes y de los sofistas europeos que, animados de un odio común á la religión de Jesucristo, ensalzan la de Mahoma y le atribuyen virtud civilizadora. Y por que tan pernicioso sofisma y tan censurable aberración han tenido algún eco en nuestro pais, importa mucho que demos una voz de alarma y reconozcamos con el Sr. Kurth que el lábaro de la Cruz se encuentra de nuevo frente al estandarte de la Media-Luna y que vá á renovarse irremediabilmente la lucha entre el islamismo, que necesita de la esclavitud para sostener su tiranía y su sensualismo, y la

Iglesia Católica, que constituida por su Divino Fundador en maestra, libertadora y salvadora de las naciones, no puede renunciar á su obligación sagrada de arrancar á los pobres negros del yugo á que los someten sus feroces verdugos. Reciba, pues el sabio profesor belga los homenajes de nuestro más cumplido elogio por el alto fin que ha inspirado su hermoso opúsculo y juntamente el de nuestra gratitud por la justicia que como buen católico ha sabido hacer á nuestra España, llamándola la nación de la cruzada perpétua y reconociendo lo mucho que ha trabajado por el progreso de la civilización cristiana. También debemos un cordial aplauso al ilustrado y laborioso jóven D. Amando Castroviejo, distinguido alumno de esta Universidad por la esmerada traducción de este opúsculo, que ha tenido la bondad de hacer á nuestro ruego sobre la 2.^a edición (Lieja, 1890).

Granada, Septiembre de 1895.

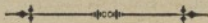
FRANCISCO JAVIER SIMONET.







LA CRUZ Y LA MEDIA-LUNA



LA elocuente voz del cardenal Lavignerie (17) atrajo la atención de Europa sobre las atrocidades cometidas en el Africa ecuatorial, y León XIII ha puesto bajo el patrocinio de la Iglesia Católica la obra de misericordia y de justicia promovida por el gran Apóstol del continente negro. He aquí, pues, la cuestión de la esclavitud puesta á la orden del día del mundo civilizado, siendo de esperar que no desaparecerá antes de haber recibido la solución que imperiosamente reclaman todas las conciencias.

Carezco de la autoridad y de la elocuen-

cia que son necesarias para abogar por una causa que es la del género humano, y es más modesta la tarea que me he propuesto. Yo quisiera, solamente, al relacionar las consideraciones que voy á exponer con el problema que á todos nos preocupa, manifestar como él mismo está relacionado estrechamente con los más vitales y antiguos intereses de la Iglesia Católica. Es mi propósito indicar á grandes rasgos el puesto que ocupa en la historia de la sociedad cristiana la obra que guardará ante la posteridad el nombre del Cardenal Lavigerie. Demostraré que esta obra, no es de ninguna manera, como algunos suponen, una obra nueva, ni una obra local, sino que responde á una necesidad permanente y que tiene un carácter muy católico, es decir: universal. Me daré por satisfecho, si comunicando mi convicción al espíritu de mis lectores, logro dar un nuevo incentivo á su celo por la emancipación de los hermanos oprimidos que allí tenemos.

La primera impresión que causa á un europeo del siglo XIX el espectáculo de este repugnante azote, que se llama *escla-*

vismo—(es decir, no la esclavitud, la cual, no ventilamos por ahora, sinó la caza de esclavos y el tráfico de carne humana)—es una impresión de estupor y espanto. ¿Cómo es posible que en este siglo, en que la humanidad parece estar á punto de tomar definitivamente posesión de sí misma y del globo, se vea todavía ultrajada en una parte considerable de sus miembros por atentados que la deprimen por bajo de las bestias de carga y de los animales feroces? O para formular la misma cuestión en otros términos, ¿cómo es posible que nuestra civilización cristiana, siempre jóven y fecunda, apesar de las heridas que le hacen hijos ingratos, no ilumina hasta ahora nada más que la Europa y la América? ¿Por qué habiendo alcanzado un grado de intensidad que sería suficiente para llenar de luz y vida toda la tierra, se encuentra siempre confinada en un dominio relativamente estrecho, extendiéndose delante de ella gran parte de Asia y África, como masas oscuras refractarias á la luz y calor de sus rayos vivificadores.

Várias son las razones que explican tan

humillante fenómeno, y mi objeto es dar á conocer una de las más graves y cuya importancia excede á todo encarecimiento. Si la civilización europea no reina ya sobre toda Europa, si el Asia occidental, cuna de esta civilización, le ha sido arrebatada hace algunos siglos, y si el África septentrional que le ha pertenecido, le es todavía disputada palmo á palmo, esto obedece, á que desde sus comienzos encontró un adversario que le declaró una guerra de exterminio y que en el transcurso de doce siglos de combates encarnizados, ha podido en muchas ocasiones poner su existencia en peligro sin que él, por su parte se haya visto seriamente amenazado.

Este implacable enemigo cuyo solo nombre hacía temblar á nuestros padres y que bastaría nombrarlo para que sus espadas saliesen por sí solas de sus vainas, es el islamismo, es la religión del falso profeta Mahoma.

Si, este infausto sibarita que desde el interior de un harem ha dictado el código moral y religioso á cien millones de seres humanos, este es el que se ha erguido delante

de Jesucristo y que implantando su Media-Luna enfrente de la Cruz, ha dicho al Salvador de los hombres: ¡No pasarás de aquí!

Durus est hic sermo: reconozco que es doloroso hacer una declaración de esta naturaleza, y sin embargo no abarca aun toda la verdad.

El islamismo no se ha limitado á impedir los progresos de la religión cristiana, sinó que la ha rechazado, la ha perseguido, le ha robado su cuna, ha profanado sus santuarios más venerables, ha apagado sus focos más luminosos, y, subiendo á los púlpitos donde otras veces resonaba la inflamada voz de los Basilio, de los Atanasios y de los Crisóstomos, no ha dejado oír más que la repetición fastidiosa de ese libro imbécil é ilegible llamado *él Coran!* El islamismo ha hecho lo que ninguna otra religión ha podido ni osado. La Cruz ha triunfado de todo y el islamismo ha triunfado de la Cruz.

¿Cómo y por qué?

Intentaré contestar á estas dos cuestiones.

I.

Dos razones explican el asombroso vigor desplegado por el islamismo en su lucha contra la civilización cristiana.

Considerado como doctrina, el islamismo es evidentemente, la que está mejor armada contra el apostolado católico.

Mirado como institución religiosa, el islamismo tiene en sí un resorte que le impulsa fatalmente á la guerra contra la sociedad cristiana.

Si bajo el punto de vista doctrinal se opone abiertamente al cristianismo, la terrible pujanza del islamismo estriba en su engañosa semejanza con el Mahoma, en lugar de negar la verdad de la religión cristiana, la reconoce y la proclama altamente. Se inclina delante de Jesucristo, le saluda como al más grande de los profetas que le han precedido y no se atribuye otra misión que la de poner el sello á la obra del Mesías. Los cristianos, según Mahoma, han falsificado la doctrina de Jesús y alterado su ley; Mahoma reivindica la misión providencial de volver por su pureza pri-

mitiva
por el
los cris
vé, esta
verdad
divinos
resisten
posició
de la fe
la que
judaism
asoma
un rab
de la
cuando
entrar
mán e
estamo
tianos
por hab
les hab
al crist
cerlo. A
por lo
tiana,
ciente
la pose

mitiva. Pretende ser el Paráclito anunciado por el mismo Jesús, y el crimen mayor de los cristianos es el desconocerlo. Como se vé, esta falsa religión se ha ingerido en la verdadera, usurpando todos sus caracteres divinos: tal es el secreto de su fuerza de resistencia á la propaganda católica. La posición que toma un musulmán enfrente de la fé cristiana, es con poca diferencia, la que tomamos los cristianos enfrente del judaismo. La sonrisa de superioridad que asoma á los labios de un cristiano cuando un rabino trata de convertirle á la religión de la sinagoga, asoma á un musulmán cuando un misionero trabaja por hacerle entrar en la comunión católica. El musulmán está convencido, como nosotros lo estamos respecto á los judios, que los cristianos son una secta reprobada por Dios, por haber guardado mal el depósito que se les había confiado y tanto más desprecia al cristianismo cuanto mejor cree conocerlo. Además de esto, el islamismo posée, por lo que ha tomado de la religión cristiana, una parte de la verdad, parte suficiente para ilusionarlo, haciéndole creer que la posée toda, y este falso día es mucho

peor que la noche completa. En las espesas tinieblas que se vuelven los ojos del idólatra, el alma enferma é inquieta, tiene el sentimiento de su miseria infinita: extiende las manos á través de la noche, y como dice el poeta, encuentra la mano de Dios que la sostiene y la levanta; pero en su pálido crepúsculo que ningún sol calienta ni esclarece, el musulmán se figura que se halla en plena luz y se felicita orgullosamente de su error.

Por otra parte, si su inteligencia pudiese por un esfuerzo prodigioso, romper el lazo de la impostura que la rodea, aún su voluntad rehusaría seguir á la inteligencia y la volvería á llevar á los hierros de Mahoma. Mahoma, en efecto, ha obrado con igual imperio sobre una y otra. Jesús había escogido lo más sublime del alma humana: Mahoma lo más bajo. La ley de Jesús se resume en una sola palabra: ¡Caridad! La ley de Mahoma se resume igualmente en otra: ¡Voluptuosidad! Y conviene decirlo: el móvil de que dispuso el falso profeta, es casi tan poderoso como el empleado por el Dios Redentor. El poder que sobre la voluntad más recta, y más pura ejerce la volup-

tuosidad
cristiana
arroja
natura
¿Qué s
de la v
en el is
toma la
la ideal
prema
promet
un lug
mismo,
de la c
no se d
homa p
do tant
sulman
cristian
que han
Todas l
en la di
Es ev
cristian
impostu
voluptu
sobre el

tuosidad es formidable, y le son precisos al cristiano todos los anatemas que su fé arroja sobre ella y todos los recursos sobrenaturales de la gracia para salir victorioso, ¿Qué sucedería pues, si su fé fuera cómplice de la voluptuosidad? Pues bien, así sucede en el islamismo. El sentimiento religioso toma la voluptuosidad bajo su patrocinio, la idealiza, la santifica; hace de ella la suprema dicha en este mundo y en el otro, prometiendo al creyente un paraiso que es un lugar obscuro. Y así las raíces del islamismo, penetrando hasta lo más profundo de la carne y de la sangre, se arraigan y no se dejan arrancar. He aquí porque Mahoma pierde tan pocos fieles y le há quitado tantos á Jesús. Pueden contarse los musulmanes que se han convertido á la fé cristiana; más el número de los cristianos que han abrazado el islamismo es inmenso. Todas las almas bajas é impuras gravitan en la dirección de la Media-Luna.

Es evidente: protegido contra la verdad cristiana del lado de la inteligencia por la impostura, y del lado de los sentidos por la voluptuosidad, el islamismo, aparecía ya sobre el terreno doctrinal como el antago-

nista más decidido y el rival más afortunado de la ley de Jesucristo. Mas esto no le ha bastado. Era poco el tener al cristianismo en jaque: faltaba destruirlo ó al menos reducirlo á la esclavitud. La dominación del musulmán sobre todos los pueblos, que no profesan el islamismo, es una de las ideas que más enérgicamente ha inculcado Mahoma á sus sectarios. Es para ellos un derecho, al mismo tiempo que un deber, el tener bajo su sable á toda la temblorosa multitud de los infieles: es un derecho, porque siendo los verdaderos creyentes, son superiores á los infieles, y porque para ellos, como para los judíos carnales, esta superioridad no puede ser otra que la del orden material; es su deber, porque su dominación es la prueba más irrefutable de la verdad del islamismo. Hé aquí por qué, la guerra contra los infieles es obligatoria y santa. No se trata de crear nuevos adeptos para el islamismo; se trata de someter á los pueblos y de hacerlos tributarios ó esclavos. El islamismo no es una religión de apóstoles, es una religión de conquistadores; el sable es su principal instrumento de propaganda: y sus héroes no son márti-

res
ahor
es la
relig
la m
otro
de f
ellos

Y
de e
hecl
Y
veo
esta
que
Desc
incr
sent
nien
sició
cie o
tem
que
do a

res sino soldados ébrios de sangre. Tomad ahora unos hombres cuya pasión más viva es la guerra, y decidles en nombre de una religión en la que creen ciegamente, que la más meritoria de las acciones para el otro mundo es esta guerra! ¿que explosión de fanatismo militar no podreis esperar de ellos?

II.

Ya tenemos aquí el secreto de la guerra de exterminio que desde su aparición ha hecho el islamismo al nombre cristiano.

Yo querría desarrollar aquí, tal como la veo desenvolverse á través de la historia, esta larga y terrible lucha de doce siglos, que todavía no ha encontrado historiador. Descompónese esta lucha en una multitud increíble de tragedias nacionales, representadas en diversos teatros á la vez, teniendo por lo tanto, esta eterna contraposición de principios categóricos, una especie de unidad grandiosa y patética. Contemplad bien ese sin número de guerras que ensangrientan las tres partes del mundo antiguo, esos millares de combates da-

dos, si es lícito hablar así, donde quiera que el terreno ofrece un campo de batalla al furor del hombre, y no encontrareis otra cosa en definitiva, que los episodios de una sola y única lucha de más de mil entre los pueblos agrupados bajo el estandarte de la Cruz y los que siguen la bandera de la Media-Luna. Parécenos ver dos ejércitos largamente desplegados en línea de batalla y entre los cuales se extiende el vasto espejo del Mediterráneo, demasiado pequeño apesar de su extensión para separarlos totalmente, porque las dos alas de uno y otro ejército traspasan esta inmensa sábana de agua y se encuentran por un lado en las arenas de la Siria y por el otro cerca de las rocas de Gibraltar.

Comenzó esta lucha desde el nacimiento del islamismo. Apenas nació la nueva religión cuando fué el espanto del Oriente. Un momento antes no era más que un punto negro sobre los desiertos de la Arabia; poco después era una borrasca que se desataba con furia, más tarde es una tempestad cuyos relámpagos cayendo sobre los imperios los dejan reducidos á cenizas. Menester será citar algunas fechas cuya rápida sucesión

dará
En
llo
les
ladro
victo
En e
En
en 6
rio F
agua
á Co
qued
Ento
vicio
tenie
cha
este
zarse
de su
helo
da de
inme
les
nues
el si
hasta

dará una idea de esta prontitud fulminante. En el año 632 murió en Medina el camellero de la Meca, no contando con otros fieles que unos cuantos puñados de Arabes ladrones. En el año 634 sus soldados entran victoriosos en Damasco, capital de la Siria. En el año 637 se apoderan de Jerusalén. En 641 ocupan á Alejandría de Egipto, en 651 consuman la destrucción del imperio Persa, en 670 sus caballos beben en las aguas del Indo, y en 672 su flota pone sitio á Constantinopla, único baluarte que le quedaba al mundo cristiano en Oriente. Entonces Bizancio nos prestó el único servicio que justifica su larga existencia, deteniendo bajo sus muros la victoriosa marcha de la Media-Luna, y permitiendo, de este modo á la Europa cristiana, organizarse detras de ella. Mas este primer revés de sus armas no desanima al is'amismo; y helo aquí, que rechazado por el ala izquierda del ejército cristiano, lleva á cabo un inmenso movimiento á través de los arenales de África para tomar á retaguardia nuestra ala derecha. Aún no terminado el siglo VII, los musulmanes llegaron hasta las costas del Atlántico, y su jefe

Ocba, lanzando su caballo en medio de las olas y levantando su cimitarra, gritó: «Dios de Mahoma, á no detenerme estas olas, iría á llevar la gloria de tu nombre hasta los confines del Universo.»

Estas palabras son algo más que la expresión de un voto ó un sentimiento; pensadas detenidamente, tienen el carácter de una profecía que los acontecimientos habían de apresurarse á realizar. La costa occidental del África del Norte que pisaba el emir en el momento de lanzar esta heroica exclamación, solo descubre los infinitos espacios del Océano; más desde que se dobla el cabo Espartel, se percibe de repente tras una lejana neblina, que aumenta su misteriosa hermosura, la costa española, cuyas cimas se dibujan vagamente á la otra parte del Estrecho. Es la maravillosa Hesperia, la tierra de las palmeras y las fuentes, cuya encantadora sonrisa, brillando por encima de las olas, parece que dirige un incesante llamamiento á los habitantes del estéril Marruecos.

El llamamiento fué oído. Desde 711 las huestes musulmanas franquean el Estrecho y una sola batalla decide la suerte del reino

visigo
tianis
Orien
dos p
por en
islam
Franc
ría de
Sens
mento
de la
hasta
pies.
dos p
mom
tercer
graci
del c
ne, fu
los du
man
la cris
cos en
Em
en est
Carlo
mism

visigodo. El baluarte occidental del Cristianismo acababa de caer. Protegidos al Oriente por Bizancio, nos veíamos arrollados por la parte de Occidente; y he aquí que por encima de los Pirineos el torrente del islamismo se desbordaba á través de la Francia hasta llegar al Loira y la caballería de Abderrahmán vení á forrajear hasta Sens á las puertas de París (732). Precisamente entonces se cumplía el centenario de la muerte de Mahoma y desde el Indo hasta el Loira, toda la tierra estaba á sus pies. Había ahuyentado la Cruz á través de dos partes del mundo antiguo, y en aquel momento, acampado en el corazón de la tercera, se aprestaba á darla el golpe de gracia. Sin duda alguna, que si en la vida del cristianismo hubo un momento solemne, fué este! Vencedores los Arabes, serían los dueños de la Europa, y entonces, humanamente hablando, hubiera sucumbido la cristiandad, porque la espada de los Francos era la última arma que le quedaba.

Empero, la espada de los Francos estaba en estos momentos en la mano de un héroe. Carlos Martel triunfa en Poitiers y el islamismo conoce por vez primera las humi-

llaciones de la fuga y los terrores de la derrotada. La bandera victoriosa de la Cruz corre tras las huellas de la fugitiva Media-Luna y la persigue hasta el otrolado de los Pirineos. Carlomagno la planta en Barcelona, y en la Marca, donde crea un puesto avanzado del cristianismo que guarda las puertas de las Galias y las cierra para siempre á los musulmanes. Allí lo mismo que en las montañas de Asturias, los cristianos de España se rehacen y se reorganizan para volver á tomar, palmo á palmo, á los enemigos de la fé el suelo de su patria en una lucha que durara ochocientos años y que contará tres mil y setecientas batallas.

Mas si los desfiladeros de los Pirineos están desde entonces cerrados al islamismo, les queda el mar abierto y sus olas complacientes llevaran sucesivamente á los piratas musulmanes á todas las costas cristianas. Sicilia, Cerdeña, Córcega, las islas Baleares, y en una palabra, todas las islas del Mediterráneo, caen sucesivamente en su poder. Después de esto ponen su planta sobre el continente, se apoderan desde luego de las costas y se establecen en ellas; luego avanzan hasta el corazón de los pai-

ses y
nados
Dirías
rracer
antem
concer
mático
en la
ciudad
plena
tiende
provin
tablec
Nápol
ble, de
de sus
y cent
roman
sus co
que en
las cos
blecido
brand
de los
año,
mente
contra

ses y crean allí puestos fortificados destinados á preparar una ocupación definitiva. Diríase que los Moros de España y los Sarracenos de África se tenían repartido de antemano el mundo cristiano y que habían concertado el plan de su exterminio sistemático. En 841 desembarcan los Sarracenos en la Italia meridional, se apoderan de la ciudad marítima de Bari y fundan allí, en plena Italia, un estado infiel de donde extienden sus estragos sobre las florecientes provincias de este bello país. En 882 se establecen sobre el Garellano, entre Roma y Nápoles, en una posición casi inexpugnable, desde cuya altura extienden el terror de sus armas por toda la Italia meridional y central y hasta el centro de la campiña romana. Desde allí pueden tender la mano á sus correligionarios los Moros españoles, que en 888 se apoderaron de Fraxineto, en las costas de Provenza, donde quedan establecidos por espacio de noventa años, sembrando el espanto y desafiando las armas de los soberanos más poderosos. De año en año, los Moros se extienden impunemente por estas regiones. En 921 los encontramos en los Alpes, donde por espacio

de treinta años permanecen dueños de todos los caminos que unen la Francia y la la Alémania con Italia, cortando las comunicaciones entre los Papas y el resto de la cristiandad. Toda la Suiza está á su disposición. Desde San Mauricio en el Valés, hasta Coira sobre el Rhin y San Gall (18) á la entrada de Alemánia, todo está inundado de sangre. Los peregrinos que en gran número acuden todos los años á visitar el sepulcro de San Pedro, perecen bajo sus golpes ó no obtienen su libertad sino al precio de los más gravosos rescates.

Así la Galia y la Italia cogidas por la garganta permanecen indefensas. Todas las grandes ciudades mediterráneas arden unas en pos de otras: Marsella (838). Arles (842), Génova (935) y Pisa. Los santuarios monásticos más celebrados del Occidente se ven reducidos á cenizas: Monte-Casino es destruido en la cumbre de su montaña (881), y á las puertas de la Ciudad Eterna tué profanado y saqueado el sepulcro del Príncipe de los Apóstoles. (846) Lleváronse los Sarracenos el altar de plata maciza que se levantaba sobre la confesión de San Pedro en el Vaticano, juntamente con las innu-

men
noc

labr

á D

figu

atro

mar

tien

obli

ima

cias

entr

sigu

les.

A

jan

á la

gran

á lo

Ulev

L

dem

ases

llaje

tar

prec

merables lámparas que delante de él ardían noche y día.

¿Y qué eran estos saqueos? Bajo esta palabra, que no despierta actualmente, gracias á Dios, más que ideas confusas, es preciso figurarse todos los horrores y todas las atrocidades de la toma de una ciudad á mano armada. Los cronistas de aquellos tiempos, que nada tienen de explícitos, nos obligan frecuentemente á suplir, con la imaginación, la insuficiencia de sus noticias; pero ¿qué drama más horroroso se deja entrever tras de la siniestra concisión de las siguientes líneas que tomamos de los *Anales de San Bertin!*

Año 838. *Los piratas sarracenos se arrojan sobre Marsella en la Provenza, roban á las religiosas, que formaban allí una gran congregación, asesinan á la clerecía y á los legos, saquean la ciudad y marchan llevándose los tesoros de las Iglesias.* (19)

La suerte de Marsella era la de todas las demás ciudades del Mediodía. En todas el asesinato, la violación, el incendio y el pillaje. Oyentes cristianos rehusarían oír contar hoy lo que sus mayores se han visto precisados á sufrir. La Europa no parecía

ser más que la tierra prometida, en que la lujuria y la crueldad de los sectarios de Mahoma, podían saciarse á costa de los que llamaban perros cristianos. La dignidad de Papa era un martirio. Nada es tan doloroso de leer, como la larga correspondencia de Juan VIII, dirigiéndose sucesiva y vanamente á los pueblos y á los reyes, á los Bizantinos y á los Francos, á las ciudades y á los duques de Italia, sin conseguir arrancarlos de su inercia y concluyendo en el año 878 por pagar á los Sarracenos un tributo anual de 25.000 marcos de plata (20). Así se realizó el sueño más audaz tenido por Mahoma! Jesucristo se había vuelto su vasallo, y el verdadero Dios pagaba tributo al falso profeta.

¿Qué hacían durante este tiempo los reyes encargados de velar por la seguridad de los pueblos cristianos? Desgarrarse mutuamente ante los ojos del enemigo común. En 841, precisamente el año en que los musulmanes penetraron en Italia, los hijos de Ludovico Pío libraban la funesta batalla de Fontanet, que destruyó la unidad política del mundo europeo y lo arrojó dividido á los pies de los conquistadores árabes. Fue-

ra d
reco
Car
al a
corro
más
rado
emp
atre
man
redu
del C
rada
dign
rey d
con l
los c
núm
ellos
tros
Sa
mien
morí
ción
alli e
tión
Pe

ra de Luis II, que honró su reinado con la reconquista de la ciudad de Bari, los demás Carlovingios parece que no tenían afición al arte de la guerra, á no ser que hiciera correr la sangre de los cristianos. Los demás soberanos no estuvieron mejor inspirados. El más grande entre todos ellos, el emperador Otton I, no se dignó, ó no se atrevió á medir sus armas con los musulmanes, y todo lo que contra ellos hizo, se redujo á una infructuosa embajada cerca del Califa de Córdoba, para obtener la retirada de los Moros de Fraxineto. Hay otros dignos de un eterno baldón, que como el rey de Italia, Hugo de Provenza, se aliaron con los infieles, sirviéndose de ellos contra los cristianos; y también se vió á un gran número de duques italianos dividir con ellos los despojos que se llevaban de nuestros santuarios profanados.

Sangrada á la vez la Europa en todos sus miembros por sus enemigos y por sus hijos, moriase de extenuación. La total desaparición del cristianismo parecía limitada, de allí en adelante, nada más que á una cuestión de años.

Pero el pontificado velaba.

Y es preciso decirlo, porque esta es la verdad, y verdad demasiado poco conocida, que los Papas del siglo IX y X son los que han salvado al mundo, encargándose en medio de la universal defección de un papel propio y exclusivo de los reyes y que los reyes no eran capaces de cumplir. Se ha acusado frecuentemente á la Iglesia de usurpadora del poder civil. He aquí la más manifiesta é incontestable de sus usurpaciones, y parece que los historiadores más celosos en denunciarlas, han jurado no ver esta: tanto se complacen en pasarla en silencio! En los momentos de espantoso apuro, tan frecuentes en aquellas sombrías épocas, no son los palacios de los reyes ni las fortalezas de los barones, los lugares donde se encuentran las inspiraciones saludables y las resoluciones viriles: es preciso buscarlas en el palacio de Letrán, en la celda de los Papas, donde se conserva toda la energía que prepara la resistencia y organiza la victoria. A precio de qué sacrificios y á consecuencia de qué esfuerzos: ¡solo Dios lo sabe!

Ya he indicado anteriormente qué suma de esfuerzos sostenidos y de energía varo-

ni ga
dado
reserv
otros
conoc
guras
tes de
desar
do el
ellos,
la civ
tos en
dispu
El
se lla
cione
Leon
liga
Anal
el sa
Ostia
pince
El
el Pa
agru
Italia
y fué

ni gastaron ciertos Papas, á quienes no fué dado recoger el fruto de tanta laboriosidad, reservado para sus sucesores. A unos y á otros debe guardar la Europa el mismo reconocimiento, debiendo saludar en las amarguras de la derrota como en los transportes del triunfo, á estos ancianos pacíficos y desarmados, cuyo corazón no tembló cuando el mundo se desplomaba al rededor de ellos, no desesperando nunca del triunfo de la civilización cristiana, aún en los momentos en que el supremo cataclismo parecía dispuesto á tragarla.

El primer Papa que organizó la victoria se llamó León IV. Construyó las fortificaciones de Roma y Ostia, fundó la ciudad Leonina, y después de haber concertado la liga de las ciudades de Nápoles, Gaeta y Amalfi, derrotó en 849 á los Sarracenos en el sangriento y célebre combate naval de Ostia, que Rafael ha inmortalizado con sus pinceles en las estancias del Vaticano (21).

El segundo que organizó la victoria fué el Papa Juan X. Formó una nueva liga, agrupando á los Lombardos, Bizantinos é Italianos meridionales, púsose á su cabeza y fué á buscar á los Sarracenos en sus gua-

ridas, á orillas del Garellano; los derrotó, los sitió por espacio de tres meses, se apoderó de su roca y los expulsó del país (916) (22).

El tercer organizador de la victoria se llamó Benedicto VIII. Se alió con las ciudades marítimas de Génova y Pisa, armó las embarcaciones de la Iglesia romana, corrió al encuentro de los Sarracenos, y cerca de Luna, en Toscana, después de un combate de tres días, les causó una sangrienta derrota (1016), enviando luego á los Pisanos á reconquistar la isla de Corcega, que cedió á los vencedores á título de feudo de la Santa Sede (23).

Pero no quisieron los soberanos Pontífices contentarse con el ingrato y precario papel de la defensiva; comprendieron, que para poner definitivamente la Europa al abrigo del islamismo, era menester hacerle la guerra en su propio terreno y atacarlo en las fuentes de su propia vida. Este cambio de estrategia por parte de los Pontífices, abre una nueva fase en la historia de esta lucha gigantesca. La iniciativa pertenece á los Papas del siglo XI; y si no es verdad que el honor de ello corresponde á

Silve
había
plan
menz
de lo
más
á Ur
á cab
A las
yó la
Euro
la gu
palab
¡La
ha co
fecur
natu
todos
ria d
gámo
brillo
remo
nues
Se ha
un v
que t
no ap

Silvestre II, es lo cierto que Gregorio VII. habia ya trazado á grandes rasgos el nuevo plan y que su sucesor Víctor III habia comenzado su ejecución con un desembarco de los Pisanos en África. Mas esto no era más que los preludios: le estaba reservado á Urbano II coronar los esfuerzos llevados á cabo en tres siglos por sus antecesores. A las alianzas parciales y precarias substituyó la coalición general y permanente de la Europa; á la guerra definitiva en Occidente, la guerra ofensiva en Oriente. Fué en una palabra el Papa de las Cruzadas.

¡Las Cruzadas! ¡Cuántos detractores no ha contado esta obra maravillosa, bella y fecunda del Pontificado! ¡Cómo ha sido desnaturalizada, rebajada y calumniada por todos aquellos á quienes atormenta la gloria de la Iglesia católica! Se han hecho, digámoslo así, prodigios para extinguir el brillo de heroicidad, que envían desde los remotos tiempos de la Edad Media hasta nuestros dias de triste y fria indiferencia. Se ha tejido entre aquella época y nosotros un velo tan espeso de mentiras históricas, que todavía, aquellas gloriosas empresas, no aparecen con toda su magestuosa belle-

za más que á un corto número de espíritus.

Se han complacido en representárnolas como debidas á la explosión del fanatismo religioso y militar, cuando nacieron ante todo de la imperiosa necesidad de defender la civilización contra sus mortales enemigos. Para disminuir la grandeza de la iniciativa pontifical, se ha atribuido el honor del movimiento á un entusiasta llamado Pedro el Ermitaño; mas es cosa probada hoy que Pedro el Ermitaño, personaje extraordinariamente engrandecido por la leyenda, no fué más que el instrumento y de ninguna manera el inspirador del gran Papa Urbano II, heredero de los cuidados de tantos otros soberanos Pontífices como le habian precedido (24). No cesan de repetir que las Cruzadas se han frustrado porque no hemos conservado á Jerusalén, y se olvidan precisamente de que las Cruzadas han preservado á la Europa de sufrir como Jerusalén las cautividades del islamismo.

He allí la mentira y he aquí la verdad.

Con las Cruzadas es cuando verdaderamente comienza la civilización de la Edad-Media. Diéronnos, por de pronto, las Cruzadas lo que es indispensable para vivir y

trab
por
cho
mit
beza
men
cir
ojos
sus
har
nos
paz
te t
ciec
pros
el X
de l
ron
la v
ento
hall
la C
cuac
brill
mier
racion
mad

trabajar: la seguridad, la confianza en lo porvenir. Por vez primera después de muchos siglos, dejó de sentir la Europa la cimitarra musulmana levantada sobre su cabeza; las mujeres cristianas, dejaron de temer, al despertar sobresaltadas, el ver relucir en las sombras los feroces y lujuriosos ojos de los raptos, que las arrancaban de sus esposos é hijos para arrastrarlas á los haremes. Bajo la protección de los soberanos Pontífices reinaba ya en Europa una paz sagrada, que hacía florecer en Occidente todas las artes de la civilización. La sociedad cristiana llegaba al apogeo de su prosperidad. Los dos siglos de las Cruzadas el XII y el XIII, son los dos grandes siglos de la Edad-Media. Entonces se multiplicaron las instituciones caritativas; entonces la vida comunal se desarrolló ampliamente; entonces fué cuando las libertades públicas hallaron su fórmula en documentos como la Carta-magna de Inglaterra; entonces fué cuando las Universidades arrojaron sus más brillantes resplandores; entonces el pensamiento filosófico, después de muchas generaciones de discusiones ardientes, llegó á su madurez con Sto. Tomás de Aquino; enton

ces fué cuando en los dominios de las artes hirvió el númen poético, hasta traducirse en obras maestras no igualadas posteriormente. Tcdo esto sucedía mientras la fogosa espada de los Cruzados permanecía suspendida sobre el islamismo, que retrocedía al paso que la Cruz reaparecía victoriosa en capitales que hacía muchos siglos la desconocían, alzándose con Godofredo de Bullon en Jerusalem, con San Fernando en Córdoba y Sevilla, con San Luis en Damietta y bajo los muros de Cartago.

Pero llegó un momento en que la Europa se fatigó de los esfuerzos y sacrificios que exigía esta lucha interminable. Y puesto que es necesario decirlo lo diré: la Europa no veía la necesidad de combatir contra el islamismo. Hacía tanto tiempo que la Media-Luna no aparecía por el Occidente que se creyó que ya no volvería á reaparecer. A partir del siglo XIV, los reyes y los pueblos olvidan el camino de la Palestina y cesan de responder al llamamiento de los Papas. ¡Y entonces, de repente, vuelve el islamismo á ser el azote y la desesperación del mundo cristiano! ¡Admirad aquí como se encarga la historia de glorificar la sabi-

duría
ciones
nismo
lugar
mismo
ahora
encarg

En
con la
echan
rio, qu
nuestr
zan á
cident
lenta
su pla
rándos
la con
mande
perio
por ta
Europ
tran f
él se p
caball
el alta
comer

duría de los soberanos Pontífices y qué lecciones se desprenden de un simple sincronismo de fechas! La última cruzada tuvo lugar en el año 1270: desde el 1281 el islamismo vuelve á avanzar victorioso, yendo ahora á su cabeza un pueblo nuevo que se encarga de la dirección de sus destinos.

En efecto, en 1281 los Turcos otomanos con la toma de Kutahya en el Asia menor, echan los cimientos de su formidable imperio, que tantas veces había de hacer temblar á nuestros antepasados; y desde este día avanzan á paso de gigante en dirección del Occidente. En 1326 penetran en Brusa, la opulenta capital de la Bitinia; en 1357 ponen su planta en el continente europeo, apoderándose de Galípoli; en 1361 llevan á cabo la conquista de Andrinópolis; en 1453, tomando á Constantinopla, acaban con el imperio griego y destruyen el baluarte que por tanto tiempo venía protegiendo á la Europa Oriental. Desde entonces encuentran franco el camino del Occidente y por él se precipitan. Mahomet II juró que su caballo comería la avena de su pienso en el altar de S. Pedro de Roma y desde 1480 comenzó á cumplirse esta terrible amenaza

con la toma de Otranto en Italia. El terror llegó á su colmo: el Turco no distaba de la capital del mundo católico más que unas cuantas jornadas, cuando la mano de Dios, hiriéndole de muerte, evitó el cumplimiento de sus siniestros designios; pero la desaparición del terrible conquistador apenas acortó el vuelo de su pueblo. En el año 1521, los Turcos se apoderan de Belgrado; en 1526 destruyen el reino de Hungría con la batalla de Mohacz; en 1539 aparecen bajo los muros de Viena y en 1565 ponen sitio á la capital de Malta en frente de la Italia. El heroísmo de los cristianos los detiene delante de estas dos últimas ciudades; mas su retirada puede compararse á una marea ascendente en que cada ola avanza un poco más que la que le precede. Están en todas partes á la vez. No hay ciudad cristiana que pueda gloriarse de estar al abrigo de sus armas. Sus flotas surcan todo el Mediterráneo, llevando hasta el corazón de los países el terror y la desmoralización. En Túnez y en Argel poseen prisiones infernales en que se consumen millares de cristianos. Parece que la infatigable caridad de los Trinitarios y de los frailes de la Mer-

ced n
resca
espa
nuev
¿Será
sulum
En
reyes
una
nien
cesar
pa y
viles
cont
blim
brad
verg
cruz
estos
valo
ban
los s
debe
neci
com
vecl
se a

ced no sirve para otra cosa que para pagar rescates á los piratas mahometanos. Los espantos de los siglos IX y X vuelven de nuevo á reinar sobre la Europa atontada. ¿Será que decididamente va á hacerse musulmana?

En estos días de suprema angustia los reyes y grandes de la tierra mostráronse una vez más inferiores á su misión, manteniendo entre sí continuas reyertas, que no cesaron de debilitar á la desgraciada Europa y favorecer la causa de los Turcos. Sus viles preocupaciones de interés personal contrastan de un modo extraño con la sublime tarea que al parecer habían recobrado. A veces, movidos por un acceso de vergüenza ó de remordimiento, prometen cruzarse á ejemplo de Felipe el Bueno; pero estos votos del *faisan* (25) no tenían otro valor que el de los motivos que los obligaban á hacerlos. Ni era poca dicha cuando los soberanos no llevaban el olvido de sus deberes hasta el extremo de hacer, como Venecia, convenios separados con el enemigo común, que pagaba con algún sórdido provecho esta cobarde defección, ó cuando no se aliaban con él para combatir á un príncipe

cristiano como hizo Francisco I, que lleva, sin duda por irrisión, el título de *rey caballero* (26). ¿Es preciso añadir que los pueblos engañados por las deletéreas lecciones que sacaban del cultivo de la antigua literatura pagana, parecían competir con los reyes en su indiferencia con respecto á los supremos intereses de la cristiandad? Se diría que en medio de las rivalidades nacionales, con que los reyes y los pueblos turbaban y desolaban la gran familia católica, no reconocían más que un enemigo común: el Papa. Ello es que cuando se trataba de resistir al Vicario de Jesucristo, volvían á encontrar alguna apariencia de la unión que habían mostrado en otro tiempo en la lucha contra los enemigos de la fé, como lo prueba el desastroso y ridiculo concilio de Basilea, desperdicio insensato de las fuerzas morales de la Iglesia en una guerra sin objeto contra su propio jefe! Y en este año fué cuando los Turcos entraron en Constantinopla y cuando estalló en el corazón de la Ciudad-Eterna, la ignominiosa conjuración del humanista Esteban Porcero contra el protector más magnánimo que los humanistas tuvieron en ningún tro-

no c
pus
Eu
mig
y Lu
ract
los
dest
«¡Ar
infar
boca
dor
cia s
No
más,
ran c
pueb
toria
y el c
de pr
que l
Que n
de los
ya co
los sig
no ha
pes c

no de Europa. El protestantismo, en fin, puso el colmo al desorden que reinaba en Europa, dividiéndola en dos campos enemigos ante los ojos de los mismos Turcos; y Lutero con el cinismo que en todo le caracterizaba, levantó su voz para aconsejar á los Alemanes que no pagasen los subsidios destinados á la guerra contra los Turcos. «¡Antes Turcos que papistas!» Este grito infame resonó en diversas ocasiones en la boca del monje apóstata é impuro, tan traidor hacia su patria como lo había sido hacia su Dios (27).

Nosotros hubiéramos perecido una vez más, si una vez más los Papas, no hubieran comprendido mejor que los reyes y los pueblos donde estaba nuestra salud. La historia es monótona: ella se repite sin cesar, y el que quiera relatarla fielmente no puede preservar su relato de una uniformidad que le es comunicada por el asunto mismo. Que no se extrañe, pues, el oírme repetir de los Papas de los siglos XV y XVI lo que ya con anterioridad dije de los Papas de los siglos IX y X. Los soberanos Pontífices no habían cesado de recordar á los príncipes cristianos la necesidad de la guerra

contra el islamismo, y desde la aparición en escena de los Turcos sus llamamientos se habían redoblado en energía. A partir, sobre todo, de la pérdida de Constantinopla, pusieron en acción toda clase de medios para sacudir la desidia de los soberanos de Europa; y más de uno entre ellos, como Nicolás V, Calixto III, y Pío II, murió de pena y con el corazón roto por la defección que á última hora le proporcionaron la ceguedad ó cobardía de los reyes. Mas tanta abnegación no quedó del todo estéril. Ello es cierto que los soberanos Pontífices contribuyeron á retardar de un modo considerable los progresos del islamismo, bien obteniendo para los casos urgentes socorros parciales de los cristianos occidentales, bien proveyendo de alientos y de recursos á los que sostenían el choque de las hordas otomanas. A los porfiados esfuerzos de los Papas y al infatigable celo de su enviado San Juan de Capistrano, debemos en gran parte el éxito alcanzado por los dos valientes defensores de la causa cristiana en Hungría y en Albania, Huniades y Scanderbeg. Cuando con indecible angustia tiembla la Europa delante del inven-

cible
y el
vang
sober
mue
ce ha
crist
So
ver n
rónica
desp
era u
nuev
tra S
1570
flejo
Medi
ba al
adem
ña. E
que l
mo d
sus r
pétua
rritor
ya pe
diter

cible sable de Mahomet II, el héroe magiar y el héroe de Epiro aparecen en nuestras vanguardias como los lugartenientes del soberano Pontífice, resistiendo hasta la muerte por obedecer la consigna que parece haberles dado de velar sobre la dormida cristiandad.

Sonó por fin la hora en que se había de ver recompensada con magnificencia la heroica obstinación de los Papas. Tres siglos después de San Luis, un Papa que también era un santo, Pío V, llegó á organizar una nueva cruzada bajo la advocación de Nuestra Señora del Rosario. La santa liga de 1570 no fué en verdad otra cosa que un reflejo de las inmensas coaliciones de la Edad-Media, en que la Europa entera se aprestaba al asalto del islamismo: no comprendía, además del Papa, sino á Venecia y España. Pero España era digna de la confianza que la Iglesia Católica ponía en el heroísmo de sus soldados y en la abnegación de sus reyes. Esta nación de la cruzada perpétua, apenas había desembarazado su territorio de los últimos musulmanes, cuando ya pensaba arrancarles el imperio del Mediterráneo. El gran Cardenal Ximénez de

Cisneros le había enseñado el camino de Africa, y por dos veces Carlos V había marchado sobre sus huellas, organizando las expediciones de Túnez y de Alger, la primera tan feliz y fecunda, frustrada la otra por la conjuración de los elementos que le robaron el éxito, mas no la gloria. Pío V necesitaba un aliado en que estuviése encarnada la resistencia contra todos los enemigos de la fe, y lo encontró en Felipe II, que dió á la expedición un jefe en la persona de su hermano D. Juan de Austria, joven cuya carrera, corta y brillante, como la de Aquiles, parecía el resultado de un pacto generoso con la gloria y con la muerte.

Capitaneada por un héroe, guiada por un santo y avanzando bajo la invocación de la Inmaculada, la flota cristiana, navegó para la Grecia, en medio de la ansiosa expectación de la Europa, encontrando á la armada turca en las aguas de Lepanto. Allí el 7 de Octubre de 1571 tuvo lugar la batalla más memorable de la edad moderna. En fin, después de una lucha sangrienta, D. Juan se apodera de la galera capitana de los Turcos, derriba la bandera de la Me-

dia-
El s
de e
hist
lába
tand
lo; p
la C
Lepa
te, c
pel e
de u
dios
rior
dido

El
Atac
resig
el ja
y co
de u
antig
un s
sus c
mos
los n
tria

dia-Luna, reemplazándola por la de la Cruz. El simbolismo patético de esta sustitución de enseñas, creo que no tiene igual en la historia del mundo, desde el día en que el lábaro de Jesucristo reemplazó sobre los estandartes romanos á las águilas de Rómulo; pues significaba el triunfo definitivo de la Cruz sobre la Media-Luna. La batalla de Lepanto dió al islamismo un golpe de muerte, concluyendo definitivamente con su papel en Europa. Como en la Iliada, la mano de un héroe había herido el costado del dios de la guerra; pero era una fuerza superior la que había dirigido esta mano y hundido el dardo fatal.

El islamismo tuvo un fin digno de él. Atacado en las fuentes de su vida, no se resignó con el papel de la defensiva: como el javalí herido vuelve otra vez á la carga, y con sus asaltos repetidos da todavía más de una vez á la Europa el resabio de los antiguos terrores. Todavía por espacio de un siglo sirvele la Hungría de campo para sus correrías, y aun en el año 1683 le vemos llegar con sus bárbaras hordas hasta los muros de Viena. Nuevamente el Austria tiembla por su existencia; y nueva-

mente hubo un rey cristiano, Luis XIV, para alegrarse del progreso de las armas del islam que le hacía esperar la pronta caída de la casa de Habsburgo.

Pero el Pontificado continuaba fiel á la cristiandad vendida y amenazada, y fué á buscar en las regiones del Septentrión al libertador de Alemania. Sobieski acude al llamamiento del soberano Pontífice, llevando en su ayuda los soldados de la católica Polonia, que ha desempeñado, en nuestros modernos tiempos, al Este de Europa, el provechoso papel que desempeñó la España al Oeste durante la Edad Media. El reconocimiento del mundo civilizado debe unir para siempre en la misma aureola de gloria la memoria del Papa Inocencio XI y la «¡de aquel hombre enviado por Dios que se llamaba Juan!»

La salvación de Viena es el epílogo triunfal de nuestra lucha de diez siglos contra la Media-Luna (28), pues corona gloriosamente la gigantesca empresa que con infatigable energía prosiguieron los Papas, á pesar de todos los desfallecimientos y con indefectible confianza en medio de todas las traiciones. Es pues de justicia que

sea
la
sio
pa.
cha
nu
opr
del
tra
fini
cur
pap
nos
los
mu

F
mo
can
cia
este
un
sien
eur
F

sean glorificados, hoy día en su obra y que la historia proclame que en muchas ocasiones han sido los salvadores de la Europa. Si los Papas no hubieran obrado, luchado y rogado por nosotros, mientras que nuestros reyes nos hacían traición, nos oprimían ó nos vendían, no miraríamos del lado del *hombre enfermo* (29) con el tranquilo desprecio de la superioridad definitiva. El impío deseo de Lutero estaría cumplido desde hace tiempo. No seríamos papistas: seríamos Turcos, y los eunucos nos darían de bofetadas á las puertas de los haremes donde tendrían encerradas las mujeres cristianas.

III.

Empero ¿puede afirmarse que el islamismo, ha llegado á ser para nosotros, una cantidad despreciable por su insignificancia? Nada puede darse más pernicioso que este error. El islamismo ha dejado de ser un peligro para Europa; pero continúa siendo un obstáculo para la civilización europea.

Estamos, digámoslo así, acostumbrados

á mirarlo sólo por un lado, á no considerarlo nada más que por la parte occidental, donde su debilidad respecto á nosotros aparece con evidencia. Pero el islamismo es un cuerpo inmenso, que se extiende por una vasta extensión del globo y que aun hoy día no renuncia á extenderse más y más. Las derrotas y humillaciones que le hemos causado no le han quitado su ambición y su afán de dominar: han servido solamente para hacerle variar de dirección. Ha renunciado al Mediterráneo, porque allí se ha encontrado un poder más fuerte que el suyo; mas ha buscado y encontrado compensaciones por otra parte. He aquí por qué no puede sernos indiferente: porque en cualquier país en que penetre el islamismo, lo cierra desde luego á la verdadera civilización. Bien es verdad que si esta civilización no hubiera recibido otra misión que la de comer en paz con sus actuales hijos los frutos del trabajo de las generaciones anteriores, podría sernos indiferente lo que hiciera la Media-Luna. Mas si como nosotros creemos, consiste su destino providencial en extenderse por el mundo entero y llevar la luz y la salud á los pueblos sen-

tados
de as
cont
nos o
se ha
innu
cació
viden
mism
de el
testig
su in
temp
como
lántic
de la
la Eu
das d
otras
de las
El isl
gione
nente
agita
parte
minad
contin

tados en las tinieblas, la cuestión cambia de aspecto, y no podremos sin amargura contemplar el espectáculo que el África nos ofrece en nuestros días. El islamismo se ha anticipado á nosotros cerca de las innumerables naciones negras cuya educación nos había sido confiada por la Providencia. ¡Y admirable coincidencia!: este mismo siglo XVII, durante el cual se hunde el edificio de su poder en Europa, es el testigo de la expansión casi ilimitada de su influencia en África. Se creería al contemplar esto asistir á un fenómeno natural como el del flujo y reflujo. Cuando el Atlántico se retira de las costas del Brasil y de la Florida, comienza á invadir las de la Europa; en el momento en que las hordas del islam huyen de los muros de Viena, otras hordas musulmanas toman posesión de las riberas orientales del Africa austral. El islamismo poseía desde su origen las regiones mediterráneas de este vasto continente; mas al finalizar el siglo XVII se agita otra vez para conquistar una nueva parte. El Imam de Mascate extiende su dominación sobre toda la costa oriental del continente negro, funda la sultanía de

Zanzibar, descarta la autoridad portuguesa y echa las bases de un vasto imperio cuya desmembración no ha impedido los progresos del islamismo. El islam, en efecto, no ha cesado de penetrar en el interior del país en pos de las bandas matadoras que se dedican á la caza del hombre, y de asegurarse nuevas posiciones que afirmen y propaguen su dominación.

Desde entonces la raza negra ha comenzado á llevar el yugo del falso profeta. No se puede decir, que esta raza se ha convertido á la religión del impostor; el musulmán, según ya he dicho, no conoce el proselitismo religioso, no tiene necesidad de que se crea en su religión; le basta solamente con que se obedezca á sus representantes. Por otra parte, convirtiéndose al islamismo, los negros escaparían, teóricamente al menos, del peligro de ser reducidos á la esclavitud; más esto no le tiene cuenta al negrero, que es cerca de ellos el único misionero de Mahoma. El musulmán ha probado siempre la necesidad de tener sometida una religión, que se guarda muy bien de exterminar, porque ella le proporciona el pasto necesario á su pereza y sen-

sualic
sacar
aqui
sión
que l
pa. N
así, h
mos s
ción.
islam
todo
prodi
misió
do a
nente
allí e
de un
sano
La
la M
te á
que e
dose
islam
sus h
no e
Áfric

sualidad: sinó hubiera infieles ¿de dónde sacaría sus esclavos y sus concubinas? He aquí por qué le vemos comenzar su difusión en Africa en el momento mismo en que los Papas llegaron á cerrarle la Europa. Nada de esto hemos sabido, por decirlo así, hasta los tiempos presentes, ó si lo hemos sabido no hemos fijado en ello la atención. Mientras lo creíamos en la agonía, el islam se adelanta á nosotros, robándonos todo un continente. Y cuando después de prodigios de valor y de energía, nuestros misioneros y nuestros viajeros han logrado al fin abrir á la civilización el continente misterioso, mirad: nos encontramos allí con el islamismo, como en el corazón de un magnífico fruto se encuentra el gusano que le corroe!

La Cruz, vuelve á estar en presencia de la Media-Luna y la lucha va necesariamente á empezar. Y digo necesariamente, porque en efecto es imposible conjurarla dándose los principios que la motivaron. El islamismo necesita de carne humana para sus haremes, y no puede pasarse sin esto que no encuentra en otra parte más que en África: por lo tanto, la esclavitud es una

necesidad para él, siendo la caza del hombre parte esencial de su existencia. Por otra parte, la Iglesia católica,—ó usando de otro nombre para no herir susceptibilidades enterizas, la civilización europea— tiene necesidad de libertar á todos los hombres, y no puede substraerse á la sagrada obligación de arrancar á los pobres negros de sus verdugos. He aquí por qué la lucha debe volver á empezar. Y á decir verdad, esta lucha ha comenzado desde hace muchos años. Solamente por permanecer indiferentes ó distraídos, no hemos comprendido el rumbo que tomaban los acontecimientos de Africa. Cuando, no hace muchos años, el Mahdi extendió sus fanáticos batallones por el Sudán, algunos entrevieron y aun señalaron el formidable carácter religioso y social de este levantamiento de los cazadores de hombres contra los emancipadores; pero no fueron escuchados por nosotros, y en todo caso teníamos fija la atención en otra parte. Aun la situación apurada del incomparable Gordon solamente logró despertar entre nosotros una simpatía estéril, pues dejamos perecer en Jartum á este hombre que valía un pueblo, y cuya

des
an
tri
zac
sul
la
qu
cie
pa
epi
tío.
tia
tri
ven
per
de
tire
cris
E
pau
por
res
da
caí
ó la
la
Pre

desaparición deben llorar amargamente los amigos de la humanidad. Sin embargo, el triunfo del Mahdi era la ruina de la civilización en Africa, era la unión de los musulmanes del Mediodía con los del Norte, la reunión de los dos trozos de la serpiente que aprisiona el continente negro. Los recientes acontecimientos acaecidos en el país de Uganda son un nuevo é importante episodio de la misma lucha. Allí la cuestión está francamente planteada entre cristianos y musulmanes; y el momentáneo triunfo de estos últimos ha valido á la joven Iglesia de las orillas del Niyanza una persecución que recuerda, por la atrocidad de los suplicios y el heroismo de los mártires, los primeros tiempos de la Iglesia cristiana (30).

En esta lucha, que á juzgar por los preparativos será larga y ardiente, se juega el porvenir de toda una raza humana. ¿Qué resultará de ella? ¿Está dicha raza destinada á perecer, como la gacela del Desierto caída en las garras del león hambriento, ó la recogerá la Iglesia en sus asilos, dándole la libertad en la verdad? Todo puede ser. Presenciamos el drama con toda su con-

movedora sencillez. Sus más escandalosas y horribles escenas se desarrollan ante nuestra vista, y nuestros oídos no escuchan otra cosa que los ayes de dolor de las víctimas y los gritos de triunfo de sus verdugos. Sería necesario que careciésemos de toda luz intelectual para no ver á través de la rápida sucesión de estas escenas, que la prensa hace pasar ante nuestros ojos, como las piezas de un kaleidoscopio, la grandiosa é íntima unidad de este solemne drama. Este es siempre el antiguo conflicto de Jesús y Mahoma, que ha llenado por completo la historia de doce siglos y que no muestra por el momento señales de acabar. Estamos contemplando cómo el Redentor de los hombres se aproxima á una raza infortunada, que todavía no había recibido la visita de su infinita caridad; descendiendo hasta ella, como ya otra vez había descendido hasta el limbo, para sacarla de su doble esclavitud y quebrantar sus cadenas; pero en el momento en que levanta sus bendicentes manos, el impostor del Desierto se hiergue delante de él, cimitarra en mano, lanzándole de nuevo este insolente reto: ¡No pasarás de aquí!

Te
de n
dos,
gener
apres
vador
contr
na?
pasad
mos
cemo
y con
tonce
masti
dran
mo er
las sa
pie de
llegu
tonce
Jefe
·unión
supre
falta
cían
cia y
presa.

Testigos de esta audacia sacrílega, ¿quién de nosotros, cristianos é hijos de cruzados, no siente dentro de sí hervir las generosas iras de los pasados tiempos, aprestándose á colocarse detrás de su Salvador, para combatir bajo sus banderas contra el impuro tirano de la raza africana? ¡Dios lo quiere! decían nuestros antepasados del siglo XI, y esto mismo podemos decir en los actuales momentos. Hacemos la misma guerra que entonces y contra el mismo enemigo. Hoy como entonces, la lujuria y la crueldad, como dos mastines de sangrientas mandíbulas, ladrarán alrededor del falso profeta; y hoy como entonces la justicia y la piedad, como las santas mujeres del Calvario, lloran al pie de la Cruz de Jesucristo, esperando que llegue el día de su reinado. Hoy, como entonces, en el centro de la cristiandad el Jefe de la Iglesia ha dado el grito de unión y todo el mundo cristiano ha oído el supremo llamamiento. Por lo tanto sólo falta que hagamos hoy lo que entonces hacían nuestros padres: sacudir nuestra inercia y poner todos juntos manos á la empresa, que es y será la obra capital del si-

glo XIX. Ninguno de nosotros tiene el derecho de eludir tamaño deber, y el que así lo haga podría ser considerado como un traidor que rehusa desempeñar el papel que le está encomendado.

¿Qué será de esta obra y qué medios apropiados á las condiciones de nuestros tiempos se emplearán para conseguir un fin tan sublime? No me pertenece decirlo, ni este es el lugar apropiado para exponerlo. Sólo me he propuesto, y creo que lo he conseguido, hacer ver la importancia de este asunto, restituyéndole en la historia del mundo cristiano el lugar que le corresponde. Pero mi tarea resultaría imperfecta, si al lado de lo que ha sido en lo pasado la lucha contra el islamismo, no expusiera lo que debe ser en lo porvenir. No hay necesidad de ser profeta para columbrar el alcance de su resultado, si como lo esperamos está llamada á salir con victoria. Las consecuencias del triunfo de la obra anti-esclavista en Africa serán incalculables; y desde luego el islamismo recibiría en ella una herida tan profunda como la que en tiempos anteriores recibió en Lepanto. Lepanto concluyó con su marcha

triu
esc
ca.
aur
el i
Toc
el
ver
per
sier
ent
det
del
ció
pue
dos
ten
¿
enf
loc
triu
obr
pa
jeto
un
se
un

triunfadora en Europa; la supresión de la esclavitud pondría fin á su carrera en Africa. Desde este momento comprenderían, aun los entendimientos más limitados, que el islamismo es una religión de vencidos. Toda su fuerza de atracción desaparecería el día, en que allí, como aquí, dejara de verse rodeado del prestigio de la fuerza, perdiendo su reputación de invencible. No siendo desde entonces más que una fuerza entorpecida y decadente, su propaganda se detendría de repente; y en esas regiones del Africa austral, en que su dominación se encuentra poco asegurada, bien puede decirse que sus días estarían contados. De todos modos el cristianismo ya no tendría que cuidarse de él.

¿Más que importancia no tendrá esto, si enfrente de la decrepitud del islamismo, colocamos el vigor y el impulso que daría el triunfo al cristianismo victorioso? Todas las obras grandes llevan en si una fuerza de expansión que va mucho más allá de su objeto inmediato, haciéndolas reproducirse en una porción de obras nuevas. Así es como se explican las recompensas temporales unidas á la práctica del bien, como frutos

que este bien produce naturalmente, y que una vez maduros caen en manos de los justos. Sabido esto, ¿sobre quién vendrán á recaer las bendiciones que al morir prometió Livingstone á los libertadores de la raza negra, sino sobre la Iglesia católica que marcha á la cabeza de esta obra emancipadora? No cabe la menor duda de que el precio con que será recompensada su caridad, no será otro que la dilatación del reino de Dios y la entrada de la raza negra en la comunión católica. Y esto se verificará en virtud de una ley moral: la caridad engendrará el reconocimiento, y el reconocimiento será la madre de la fe; los desheredados creerán en aquel de los dioses que les manifieste más amor.

La historia explica la historia. Cuando hace mil trescientos años, San Gregorio el Grande, entonces simple monje, dijo á la vista de los jóvenes esclavos que se vendían en el mercado de Roma: que de aquellos Ingleses el deseaba hacer ángeles, encerraba este dicho una suma de caridad suficiente para rescatar, no solamente algunos pobres esclavos, si no para convertir y civilizar una nación entera. Toda la civilización

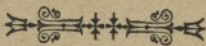
inglesa salió de esta palabra: en ella estaba contenida, como una encina con flores y frutos, se contiene en la pequeñez de una bellota. De igual modo, cuando hace algunos meses (31) y en presencia de los cristianos negros que formaban parte de la peregrinación africana, León XIII confió solemnemente al Cardenal Lavigerie, la misión de trabajar en la abolición de la esclavitud, había en estas palabras, pronunciadas delante de Dios y de la Iglesia por el padre del género humano, una fecundidad que iba más allá de esta misma obra por grande que sea. Esta era una palabra creadora, como lo son siempre las del Vicario de Jesucristo, cuando de pie entre Dios y la humanidad, se dirige á la tierra en nombre del cielo. Y no hay duda que un día saldrá del Africa una cristiandad floreciente, una gran civilización negra, que alegrará á la Iglesia católica, cuando según la visión profética de Macaulay, las olas del Támesis, no batirán más que los hundidos arcos del puente de Londres, en medio de una soledad sembrada de ruinas. Los pintores de la edad media, con su profundo sentido en las cosas espirituales, representaron con los rasgos de un

negro á uno de los Magos que fueron á adorar al Deseado de las naciones. Pues bien, hay en esta sencilla representación una verdad profética que el porvenir se encargará de dilucidar, si sabemos responder al llamamiento que hoy se nos dirige. ¡Y que hermoso será contemplar una Iglesia de color arrodillada al pie de la Cruz y repitiendo con la Esposa del Cántico de los cánticos: Yo soy negra, pero soy bella, oh hijas de Jerusalem!

Pero no es esto todo; y aun aquellos que no gustan de dirigir sus miradas más allá del horizonte de su patria, para asociarse á las universales solicitudes de la Iglesia, serán acaso sensibles á otras consideraciones. Á estos les diré: Cuando la Iglesia católica vuelva de los desiertos homicidas, trayendo en sus manos como trofeos de la victoria los hierros rotos de la raza africana, decidme, ¿no brillará entonces con tal fulgor que sus más furibundos detractores se verán reducidos al silencio y sus enemigos caerán ante ella de rodillas? Dad pues con esplendidez, dad sin contarlo, para la obra del Cardenal Lavigerie; ¿pues quién sabe si allá bajo, en las orillas del Tanganyika,

con la sangre de nuestros mártires y el sudor de nuestros misioneros, se apresurará la solución de los problemas de nuestra época y se preparará la pacificación de los partidos políticos y el fin de la guerra de las clases en el seno de la Europa reconciliada?

GODOFREDO KURTH.





LIBRO

(f) Sabido
profesores
la Compañía
1880 a la
por de
Véase
fe,
tas
del
el S
mos
por
gué
sión
bre
med
la S



NOTAS

(1) Sabido es que las intrigas de los protestantes, apoyadas por los agentes de la Compañía Inglesa, dieron motivo en 1889 á la sangrienta persecución sufrida por la reciente cristiandad de Uganda. Véanse los *Anales de la propagación de la fe*, n.º 384, Septiembre de 1892 y las cartas de Mgr Livinhac, Vicario Apostólico del país de Victoria Nyanza, citadas por el Sr. Kurth en el opúsculo de que tratamos. Ni debemos omitir un dato muy importante, que el célebre explorador portugués Serpa hizo constar en la solemne sesión celebrada en Lisboa el 14 de Diciembre de 1886, al recibir de manos del rey las medallas de honor que le habían conferido la Sociedad Geográfica y la Asociación Co-

mercial y referir su último viaje al Africa Oriental. Según leemos textualmente en el parte telegráfico de aquella sesión publicado por los periódicos, «el Sr. Serpa censuró duramente la conducta de los misioneros protestantes ingleses, enseñando al auditorio esposas de hierro adquiridas en Europa por dichos misioneros y las cuales fueron detenidas en la aduana portuguesa de la costa.»

(2) Acerca del pueblo egipcio, envilecido por la degradante religión de Mahoma, véanse los mencionados *Anales*, número 348, año 1886.

(3) Acerca de este inhumano comercio se hallarán copiosas noticias y pormenores, no solamente en dichos *Anales*, sino también en varios libros especiales y recientes, entre ellos el publicado hace un año por M. J. Imbart de la Tour, con el título de *L'esclavage en Afrique et la Croisade noire*.

(4) Según el cálculo de un misionero de la Propaganda, el Tesoro imperial de Marruecos recauda anualmente por derechos de importación de estos esclavos más de 224,000 duros,

(5) Hace 65 años que la regencia de Argel cayó en manos de los Franceses, y al cabo de tanto tiempo el cristianismo no ha logrado penetrar entre la raza indígena; porque gracias á la política francesa, justamente censurada por el célebre abate Mr. Bargés en su *Aperçu historique sur l'Eglise d'Afrique*, «bajo pretexto de tolerancia y de libertad de conciencia, no se quiere que se le toque al islamismo.» Pero estos mismos Franceses, que no quieren lastimar á la morisma en sus creencias religiosas, no reparan en oprimirla y agraviarla en sus intereses materiales, despojándola injustamente de sus tierras y abrumándola con tributos insoportables. Así consta en varias publicaciones francesas, y especialmente en el libro titulado *L'Algérie, voyage de la delegation de la Commission Senatorial d'études des questions algériennes* par Henri Pensa, París 1894.

(6) A este propósito se hallarán algunas observaciones muy interesantes en el opúsculo del Sr. Kurth, página 72 de esta edición y párrafo que empieza: «Cuando, no hace muchos años, el Mahdi extendió sus fanáticos batallones por el Sudán...»

(7) Así consta por muchos documentos históricos, y especialmente por los que se conservan de la España musulmana.

(8) Titúlase *A comparative grammar of the South African Bantu languages... comprising these of Zanzibar, Mozambique, the Zambezi, Kafirland, Benguela, Angola, the Congo, the Ogowa, the Camorons, the Lake region, etc.*, by J. Torrend, S. J. Londres, 1891.

(9) *Essai sur l'histoire de l'islamisme traduit du hollandais par Victor Chauvin, professeur á l'Université de Liège.* Leiden, 1879, página 522.

(10) Esta carta, inserta en los citados *Anales de la propagación de la fe*, n.º 361, Noviembre de 1888, lleva la fecha de Diciembre del año anterior.

(11) Actualmente hay en Africa dos arzobispos, 12 obispos, 33 vicariatos ó prefecturas apostólicas, más de 1,000 sacerdotes, y un número considerable de escuelas, seminarios y asilos de huérfanos. Así consta en la curiosa y consoladora estadística de las misiones católicas en Africa, presentada por el cardenal Lavigerie á Mr. Sadí Carnot, Presidente á la sazón de la re-

pública francesa, y que con otros datos muy interesantes se encuentra en un artículo del P. Alarcón, S. J. publicado en el *Mensajero del S. Corazón de Jesús* en Diciembre de 1894 con el título de *Las nuevas cristiandades del Africa*.

(12) Acerca de este punto merecen consulta los citados *Anales*, n.º 390, Septiembre de 1893 y el interesante libro publicado recientemente por Mr. Grandin con el título de *A la assaut du pays de Noirs*.— *Le Dahomey*, París 1895, 2 tomos en 8.º

(13) Entre ellas, la ya referida de Uganda y la de Pugú, establecida en Zanguebar por Benedictinos de Baviera y destruida por los Arabes, como puede verse en los citados *Anales* n.º 368 (Septiembre de 1886) y número 365 (Julio de 1889).

(14) Tomamos estos datos de un artículo crítico, publicado sobre el mencionado libro del comandante francés Mr. Grandin en la parte literaria de la excelente revista titulada *Polybiblion*, número de Marzo de 1895.

(15) Entre ellas, las tituladas *Philippe II, roy d'Espagne* y *Les origines de la civilisation moderne*.

(16) El R. P. Victor Van Tricht, S. J.

en su bella conferencia familiar titulada *En África*, y publicada en el *Mensajero del S. Corazón de Jesús*, Junio y Julio de 1894.

(17) Aunque el sabio autor del opúsculo que he tenido el honor de traducir, al abogar por la obra redentora y civilizadora que tomó á su cargo el insigne Cardenal Lavignerie, arzobispo de Argel y Primado del Africa francesa, por no ofender la delicada modestia de este eminente prelado, no le rindió el homenaje de noticias y elogios debido á sus virtudes y fervoroso apostolado, hoy que la cristiandad y el mundo civilizado lloran su pérdida, creemos justo y oportuno suplir en lo posible la omisión del egregio escritor belga y dedicar algunos apuntes biográficos á tan ínclito Príncipe de la Iglesia Católica.

El día último del año 1825 y en la ciudad de Bayona, á las mismas puertas de España, «para participar de su atrevido carácter, amor y sumisión incondicional á la cátedra de San Pedro», como escribe un biógrafo suyo anónimo, nació el futuro Cardenal Lavignerie, dedicándose desde su primera juventud á la carrera eclesiástica, y con tanto lucimiento, que á poco de doc-

torar
gar la
tiemp
eclesi
bunal
una m
luctuo
tan ha
no de
que fi
do po
Pero c
antigu
picio,
vado a
aceptó
humil
de y
Maris
y tra
desem
y cuya
nar m
rido.
yo hac
Sr. Ma
propos

torarse en Teología, le hubieron de encar-
gar la enseñanza de la juventud, y al poco
tiempo le hicieron catedrático de Historia
eclesiástica en la Sorbona. Llevado al Tri-
bunal de la Rota, salió para la Siria con
una misión especial, á consecuencia de los
luctuosos acontecimientos del año 1860, y
tan hábilmente y á satisfacción del gobier-
no de Napoleón III hubo de desempeñarla,
que fué propuesto y gustosamente acepta-
do por Pio IX para el obispado de Nancy.
Pero cuando hay que admirar el genio del
antiguo alumno del Seminario de San Sul-
picio, es cuatro años más tarde al ser ele-
vado á la silla de Argel, cuyo arzobispado
aceptó con unas palabras cuya sencillez y
humildad ponen de relieve su corazón gran-
de y generoso. «Me proponéis—decía al
Mariscal Mac-Mahon—una comisión difícil
y trabajosa, una sede metropolitana cuyo
desempeño es muy superior á mis fuerzas
y cuya aceptación me obligará á abando-
nar mi patria y todo lo que me es más que-
rido. Pero ¿creéis que allí en Africa podré
yo hacer más que ningún otro? Un obispo,
Sr. Mariscal, sólo tiene una respuesta á tal
proposición: el aceptarla; estoy dispuesto

al sacrificio que exigís de mí, y cuando el emperador apele á mi abnegación, estaré dispuesto á obedecer cueste lo que cueste.» Digno era quien tales palabras dijo de sentarse en la silla de San Cipriano, y bien lo demostró al poco tiempo, cuando al ocuparla desenvolvió el plan vastísimo de su amplia política, cuya grandeza es imposible condensar en el corto espacio de que dispongo para estos ligeros apuntes. El Africa Central, cuyos caminos están marcados por los calcinados esqueletos de millares de seres, que perecieron al ser conducidos por la codicia y la inhumanidad en largas caravanas á los mercados, donde frente á la civilizada Europa habían de ser vendidos á precio más vil que el de las bestias de carga, esta Africa Central, cuyas profundidades penetraba su pensamiento, era para él objeto de preocupación constante, y sin cesar buscaba medios de llevar la luz del Evangelio á los oprimidos negros, á la par que de libértarlos de una esclavitud, si triste y ominosa para ellos, más ominosa aún para la Europa que la consiente. *Labor improbus omnia vincit*, y el genio y la constancia del Cardenal Lavigerie vencieron en

la ob
una
nad
zos;
bre p
relig
nos
com
en l
la b
mas
misi
lloso
su é
lor,
les c
Erm
ó m
frut
cont
tos
hab
com
á la
sin
Leó
A
jos,

una empresa tan magnánima. El gobernador de Argel se le opuso en los comienzos; mas hubo de ceder, y cuando el célebre prelado logró crear en Biscra la orden religiosa de los monges Blancos, ó hermanos de armas del Sahara, que así saben, como los antiguos caballeros, ejercitarse en la oración y la penitencia, como domar la bravura de un caballo y manejar las armas, y algún tiempo después las Hermanas misioneras, comenzó á gozar los maravillosos resultados de su obra. Seguro ya de su éxito y con evidentes pruebas de su valor, vino á Europa y recorrió sus principales capitales, predicando cual otro Pedro el Ermitaño, su nueva cruzada, que más tarde ó más temprano ha de producir tan opimos frutos, como el lograr la civilización del continente africano. Si conocido es por estos hechos el Cardenal, no lo es menos por haber procurado pacificar los ánimos de sus compatriotas los Franceses, inclinándolos á la grande obra de general pacificación que sin cesar persigue nuestro gran Pontífice León XIII.

Agotadas sus fuerzas por tantos trabajos, el 26 de Noviembre de 1892 entregó su

alma al Señor en San Eugenio, sito en las inmediaciones de Argel.

Escribió algunas obras de enseñanza para la juventud, otras de lenguística y una historia abreviada de la Iglesia (1864), pero aquellas que más pueden interesarnos son las siguientes:—*L'armée et la mission de la France en Afrique* (1875-en 8°);—*Œuvres choisies* (1884-2 vol. en 8.°);—*Allocution prononcée le 21 Septembre 1890 dans l'église Saint Sulpice à Paris pour l'ouverture d'un congrès anti-esclaviste* (1890 en 8.°);—*Documents sur la fondation de l'œuvre anti-esclavagiste* (1890 en 8.°) (NOTA DEL TRADUCTOR.

(18) EKKEHARDI, *Casus Sancti Galli*. cap. 15.

(19) «Interim Sarracenorum pyratice classes Massiliam Provincie irruentes, abductis sanctimonialibus, quarum illic non modica congregatio degebat, omnibus et cunctis masculini sexus clericis et laicis (occisis?), vastataque urbe, thesauros quoque ecclesiarum Christi secum universaliter asportarunt».

(20) «Heu prohi dolor! fesso mihi paganorum persecutione ac gladio atque exac-

tione
annu
ditus

Papa

Patro

(21)

tomo

(22)

pag. 4

(23)

pag. :

(24)

Peter

diado

faux

Reyna

(25)

ta de l

que es

una c

juró se

sa par

cumpl

marse

en sem

por nu

(26)

tione census 25,000 in argento mancusorum annualiter, imo prædictae vestrae Matri aditus civilis mueco angustiae est: *Carta del Papa Juan VIII á Carloman*, apud Migne, *Patrologia*, tomo CXXVI, pag. 720.

(21) *Liber Pontificalis*, ed. Duchesne, tomo CV, pag. 521 á 524.

(22) LIUTPRANDI, *Antapodosis*, tomo II, pag. 49 á 54.

(23) THIETMARI, *Chronic.*, tomo VII, pag. 31.

(24) Véase el libro de Mr. Hagenmeyer, *Peter der Eremit*, Leipzig, 1189, compendiado en francés con el título de *L'vrai et le faux sur Pierre l'Eremit*, por Mr. Furcy Reynaud, París, 1883.

(25) Aquí alude el autor á una anécdota de Felipe el Bueno, duque de Borgoña, que estando en un banquete y siguiendo una costumbre caballeresca de su tiempo juró sobre un faisán que se servía en la mesa partir á la cruzada. El célebre duque no cumplió su juramento; y de aquí vino llamarse *le vœu du faisán* á los votos hechos en semejantes condiciones, y que se tenían por nulos.

(26) Sabido es que el rey de Francia,

Francisco I se coaligó en el Gran Turco en contra del emperador Carlos V. (Nota del traductor).

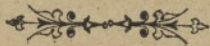
(27) Véase á J. Jansen, *L'Allemagne et la Reforme*, traducción de E. Paris, tomo II, pags. 98, 106, 107, y 126.

(28) En conmemoración de esta célebre victoria, conseguida por el especial patrocinio de la Virgen Santísima, el Sumo Pontífice Inocencio XI instituyó la fiesta del Dulce Nombre de María. (Nota del traductor)

(29) En el original *l'homme malade*, traducción de la frase inglesa *sick man*, con que la prensa de aquel país suele designar el imperio turco. (Nota del traductor).

(30) Véanse las cartas de Mgr Livinhac vicario apostólico del país de Victoria Niyanza, publicadas en *Les Missions Catholiques*, en 13 y 25 de Marzo y 1 de Abril de 1887.

(31) Téngase presente que el autor hablaba así en el año 1890. (Nota del traductor).



Y en el año de 1763 se descubrió el Gran Turco en
contra del capitán Juan V. (Hoy del
Estado de...

En el año de 1764 se descubrió el Gran Turco en
contra del capitán Juan V. (Hoy del
Estado de...

En el año de 1765 se descubrió el Gran Turco en
contra del capitán Juan V. (Hoy del
Estado de...

En el año de 1766 se descubrió el Gran Turco en
contra del capitán Juan V. (Hoy del
Estado de...

